

Cuentos para chicos y grandes
Josefina Urbáez de Flores

Cumaná, 2008

Depósito Legal: Ifx 58920088004638

JOSEFINA URBÁEZ DE FLORES

CUENTOS PARA CHICOS Y GRANDES

CUMANÁ, 2008

DEDICATORIA

A todos los lectores que por este medio de comunicación podemos encontrarlos. A la Universidad de Oriente es sus 50 años irradiando luz desde Venezuela para el mundo.

J.U. de F.

AGRADECIMIENTO

Al Dr. Abul Bashirullah, alma y corazón de la Biblioteca Digital de Universidad de Oriente; a sus asistentes Richard Díaz, Daniel Mújica, Rafael Figueroa y Marcos Ramírez; y al joven José Manuel Salazar, por su interés en ilustrar este trabajo. Gracias a todos cuantos han hecho posible la realización de este libro en edición digital.

J.U. de F.

CONTENIDO

- 1.-EN LA CALLE DE BELÉN.
- 2.-LA RED ATRAPA CUENTOS.
- 3.-CONVENCIÓN EN BOSQUE ALEGRE
- 4.-DE AMALIVACA
- 5.-EL ÁRBOL, EL POETA
- 6.-EL DESVÍO DE LOS RENOS
- 7.-EL HOMBRE SIN DOLOR
- 8.-EL PERRO AZUL
- 9.-EL PRECIO DE LOS CAMELOS REGALADOS
- 10.-FANTÁSTICO VUELO
- 11.-GERMANCITO EXPLORADOR
- 12.-LA MUJER DE LA CASA SOLA
- 13.-LA FASCINACIÓN DEL CIRCO
- 14.-LA FIESTA
- 15.-LA GRAN NOCHE
- 16.-LA HORMIGA DENTONA
- 17.-LA MANO DE CORAL
- 18.-LA PERRA Y ELLA
- 19.-METAMORFOSEANDO I
- 20.-METAMORFOSEANDO II
- 21.-SUEÑO DE UN ARTESANO
- 22.-TÍO RELÁMPAGO Y LA OSCURIDAD.
- 23.-UNA FIESTA A LA PARALATA
- 24.-UNA TRAVESURA
- 25.-DESPUÉS DE AMANDA
- 26.-FÁBULA DEL CREYÓN ROJO.

Nota sobre la autora

Josefina Urbáez de Flores, nació en Tunapuí, Estado Sucre el 13 de Marzo de 1936; cursó educación primaria en la escuela "Pedro Elías Marcano" de Tunapuí; Bachillerato en el Liceo "Antonio José de Sucre" de Cumaná; Enfermería Profesional en la Escuela de Enfermeras "Dr. Domingo Badaracco Bermúdez" en la ciudad de Cumaná; Educación Mención Castellano y literatura en la Universidad de Oriente, Núcleo de Sucre (Cumaná).



Publicaciones: *La vida marca el paso*, editorial Provincia, Cumaná, 1973 (Poemas); *Hombre Nuevo*; *Hombre Nuevo y*

Otros Poemas, ediciones de la Sociedad Conservacionista del Estado Sucre, 1979 y 1980, respectivamente. *El Alma de las Matemáticas* (cuento), Ediciones de la Sociedad Conservacionista del Estado Sucre, copatrocinada por la Corporación de Desarrollo de la Región Nor-Oriental (CORPORIENTE), Cumaná, 1982; *Razones Ecológicas* (cuentos), Ediciones de la Sociedad Conservacionista del Estado Sucre, patrocinada por el Instituto de Previsión Social del Profesorado de la Universidad de Oriente (IPSPUDO), Cumaná, 1986; *Soliloquio* (poemas), Coediciones Centro de actividades literarias "José Antonio Ramos Sucre", Dirección general de literatura del CONAC, 1992; *Alma sobre piedra* (poemas) Universidad de Oriente, Núcleo de Sucre, Coordinación de Publicaciones, año 2002; *Tres majaderos y sus cantos* (poemas), Gobernación del Estado Sucre, Dirección de Cultura, Fondo editorial de Autores sucrenses, 2005.

Ha colaborado en periódicos, revistas y suplementos literarios en el oriente del país. Cuentos para grandes y chicos es una recopilación que consta de 21 cuentos, algunos ya publicados en revistas y periódicos, otros, inéditos.

EN LA CALLE DE BELÉN
a Antonio José

En esta ciudad atrapagente me confundo entre las hojas secas y los troncos gordos de las ceibas. Escruto cada vieja pared añosa y siento el palpito de lo que fue. -¡Esta ciudad nació primero!- Es el grito que brota de las bocas abiertas de los golfos, de los ríos y del mar; es el grito de los cerros que escuchan las estrellas. Yo, en medio de todos, percibo cómo el eco se devuelve de occidente con un rotundo ¡No, esa no fue la primera! ¡Este país no nació por donde nace el sol, sino por donde se oculta! Ambas voces augustas y seguras construyendo la historia de la historia.

La calle de Belén, yace enterrada debajo del pavimento de memorias ilustres. De repente, como veta de oro después de la erosión, comenzó a brillar el sol sobre el empedrado; los carros tirados por caballos, las carretas con el malojo fresco. Los portales, todos parecidos a las ruinas de la calle Arismendi, pintados de azul, los patios grandes con sus frutales generosos y esas ceibas con los genitales abultados en sus troncos. La calle resucita en el silencio de la noche y sólo hay una casa para recordar; juegan los niños, los futuros soldados. Puedo ver las esclavas cuidándolos mientras juegan en el sube y baja instalado en algún lugar del patio.

Allí esta él, con su traje abonbachado, sus ojos de lucero del alba y su orgullo de príncipe. Quiero contarle un cuento, deseo ser una de sus esclavas, ponerlo en mis rodillas y dejar

fluir sobre su sueño la dulzura del país que me habita, el de "Había Una Vez", de donde se desprenden los sueños, la alegría, el amor y el conocimiento del bien y el mal.



Le cuento que su casa en Quito es muy bella y está muy

bien cuidada. -No te imaginas, Toño, que la huella de tus pasos es un algo sagrado para hermanarnos, y el traje del dolor esta guardado allá, hecho jirones; conservado como reliquia. Algo parecido al amor universal emana de él. Un hilo invisible allí teje una trama fraterna. El indio es allá más indio, están sus rasgos en la calle, saliendo de sus manos en hilos de colores. ¿Cómo te llamarían? ¿Serías otro sol?

Quédate aquí, pequeño. Sentado en mis viejas rodillas en esta mecedora bulliciosa. Duérmete, mientras canto en el silencio de la noche, que está cayendo debajo del pavimento que cubre la calle de Belén.

LA RED ATRAPACUENTOS

Las vacaciones llegaron y los campamentos surgían con sus anuncios vistosos. Los niños pasaban frente a ellos con la atención fija en esta novedad, para ver cuál de las ofertas vacacionales era de su agrado. De pronto, un nombre llamó su atención: "VIAJEMOS AL PAIS DE LOS CUENTOS". Muchos niños tomaron esa opción y se inscribieron. A la hora y el día señalados, todos los inscritos estuvieron en la estación de globos, desde donde "volarían" al campamento, llenos de curiosidad, querían saber por qué ese lugar se llamaba El País de los Cuentos.

El viaje transcurrió suave y emocionante, por encima de verdes colinas y azules lagos; por encima de onduladas corrientes de agua. Aterrizaron. El silbato del guía sonó en señal de -¡Quietos! ¡Escuchen!

Todos se sentaron en el piso, el guía dijo:- este es el País de los Cuentos y estoy seguro que les proporcionará muchas sorpresas. Hoy van a cazar cuentos.

--¿A cazar cuentos?— Dijeron todos a una voz.

--Sí, a cazar cuentos. Aquí los cuentos andan sueltos, a veces tomados de las manos con sus personajes; metidos en sus ambientes: cuevas, casas, lagos; montados en sus casas sobre los árboles; también están los duendes, los juguetes, en fin, todos los elementos... El guía hizo una pausa, luego dijo -estoy hablando mucho. Vayan a recoger esos cuentos.

Tráiganlos al campamento para que los compartamos.



Partieron en veloz carrera. El silbato del guía dijo: ¡Alto! ¡Corriendo no!. -Tiene que ser despacio. Recuerden que los cuentos andan por calles y jardines y ustedes podrían espantarlos. Ahora, vayan.

Caminaron despacio, mirando cada planta, cada piedra, cada flor. Aquel lugar era más hermoso de como lo habían imaginado: el verdor de las plantas, la calidez del sol, el brillo de la luz y la ternura de los animales, sumergieron a los visitantes en un ambiente mágico.

El tiempo se detuvo como para que pudiesen andar por todos lados sin prisa y sin ver escenas repetidas. Todo lucía fresco y nuevo; los ojos se colmaban de imágenes y el espíritu amasaba fragancias y sonidos con luces y colores.

Para el guía, el tiempo de paseo llegaba a su fin. El silbato sonó fuertemente diciendo: ¡Regresen!

Acatada la orden, todos emprendieron el retorno al campamento. Encendieron una fogata y se sentaron a su alrededor. El guía dio un saludo de bienvenida después del cual dijo: - ha llegado el momento de poner cada uno su cuento sobre la mesa. Son diez jóvenes, por lo tanto, vamos a pasarla muy bien con todos esos cuentos que ustedes han atrapado en su paseo. Comenzarán a "echar el cuento" cada uno a su turno.

-Yo no pude atrapar ninguno, porque ellos no estaban contados, es decir, no estaban- Dijo Pedro.

-Fue muy divertido, yo andaba busca y busca y no los veía; luego recordé que andaban por allí sin hacer, tal vez andaban haciéndose solos- Expresó Juan.

-¿Cómo es eso?- Preguntó el guía.

-Yo me acercaba y las cosas brillaban, como si dijeran - ¡aquí estoy! El cuento salía de la vida que tenían las cosas - continuó diciendo Juan con gran entusiasmo.

-¿Qué encontraste?

-Encontré dos caballos, me puse a conversar con ellos, como si me pudieran oír, también percibía respuestas a mis preguntas; de verdad, entre ellos y yo estaba un cuento para nosotros tres. Los niños rieron. Entonces Juan dijo -mi cuento se llama JUAN Y LOS DOS CABALLOS.

- ¿Quién más atrapó un cuento?- Preguntó el guía.

Varias manos se levantaron. Daniel con su mano aún levantada, dijo -Mi cuento se llama LA LINDA DEL VESTIDO VIEJO, porque yo encontré una hoja seca donde estaba una crisálida. Presenció el más grandioso acto de magia cuando la mariposa soltó su vestido de gusano seco, sacudió sus alas frescas y ensayó repetidas veces hasta que salió volando.

Manuel levantó la mano y expresó: -Yo andaba en silencio, caminaba despacio para que los cuentos no huyeran de mí. De pronto un rayo de sol tocó una gota de rocío que estaba sobre una rosa. Vi salir destellos de colores brillantes y delicados saliendo de la flor.-¡Te atrapé- dije-, te llamaré EL BESO DE LA LUZ.

Un niño, que había permanecido callado, escuchando atentamente las experiencias de sus compañeros, llamó la atención del guía. -¿Cómo se llama tu cuento, José?

-Nunca antes he contado un cuento. Hoy he visto muchas cosas sueltas o mezcladas entre sí, pero no pude hacer nada con ellas. Por lo menos, hasta este momento.

-¿Por qué?-Preguntó el guía.



_Tal vez no poseo una red atrapa-cuentos, muy necesaria en este país.

_¿Una red atrapa-cuentos?

_Sí, eso mismo.

_¿Para qué la necesitas?

_Para traerme los cuentos que vi.

_¿De qué materiales la harías, si pudieras hacerla?

_La haría de palabras, pues creo que no tengo muchas palabras para hacerla. Pero si los atrapo en una red se vendrían conmigo.

José hizo silencio y el guía dijo, a manera de recordatorio.

-Recuerden, que les advertí que la vida de los cuentos anda suelta por las calles, por los campos, por los jardines, pero tenemos que contar cosas acerca de ellas para que los

cuentos vivan.

_Lo sé, pero mi aparejo no está completo. Aquí estoy recogiendo los hilos. Necesito completarlo urgente. Cargo dentro de mí la emoción que despierta el arco iris, la crisálida, los caballos, las flores abriéndose y tantas cosas hermosas que me tienen hecho una colección de objetos...

Todos aplaudieron. Daniel dijo: -Llévanos al lugar de tu emoción mayor, queremos compartirla y ayudarte a completar tu red.

Juntos se dirigieron a la cascada donde estaba el arco iris, debajo de él una flor ofreciendo sus colores. Allí sentados alrededor de la flor, junto a la cascada, debajo del arco iris hicieron la red atrapa cuentos. La hicieron palabra a palabra, lazada a lazada. Toda hecha de palabras, de signos ordenados todos, estrechándose para que no se salieran los hilos. La red se iba desplegando sobre la flor, sobre la cascada, por encima del arco iris. Cada uno le daba una puntada. La red resultó grande. En ella todo cabía. Ahora la red era de todos. Todos la llevaban, pero José, el de la idea, besó la flor y la estrechó contra su pecho en nombre de la red que se llevaba envuelta en su amor.

Regresaron al campamento, desplegaron la red hecha de palabras y en ella estaban atrapados todos los cuentos de aquella inolvidable temporada. Hicieron un compromiso: el próximo año se reunirían en ese mismo lugar y, antes de cualquier otra actividad, se dedicarían a leer, es decir, a presentar todos los cuentos atrapados en la red.

Estaremos esperando hasta entonces.

CONVENCIÓN EN BOSQUE ALEGRE

Germancito experimentó una gran inquietud, mientras hablaba con su perro, quien le miró interrogante ¿?. -Sí, amigo. Quisiera saber por qué Tío Conejo le gana siempre a Tío Tigre, siendo el tigre grandote, con tremendas garras. No puedo imaginarlo como un tonto. El perro asintió bajando la cabeza, señal que el niño interpretó como de aprobación. Iré al bosque, tal vez los animales que allí viven conozcan la razón de este absurdo. Tú, quédate aquí, tu presencia en el bosque hará que se me confunda con un cazador, y podría verme en apuros.

El perro se fue al jardín y el niño se encaminó hacia el bosque vecino, llegó al parque, pasó la alambrada y cayó en el sendero que conduce al bosque. En verdad es un sendero corto: el niño lo recorrió y en poco tiempo se encontró en el umbral del bosque; lo traspasó, miró a todos lados. Mientras esto ocurría se llenaba de asombro por lo que estaba ante sus ojos -¡Qué sorpresa! El bosque está engalanado, las flores resplandecen, hay luces de colores, campanas y guirnaldas adornan grandes avisos, que destacan a lo largo y ancho del bosque. Escrito en grandes letras de colores: **"BIENVENIDOS SEÑORES VISITANTES, BOSQUE ALEGRE LES SALUDA"**.

Los pájaros trinaban armoniosamente, eran los encargados de dar fondo musical al evento.



Germancito siguió su marcha, cada vez más entusiasmado, de pronto tropezó con algo muy duro, -una piedra- pensó el niño. Bajó la mirada y vio a Doña Tortuga, que al ver la cara de sorpresa del niño dijo: No se preocupe amigo, comprendo que no fue intencional. -Gracias, Doña Tortuga.

-Debes de estar un poco cansado ¿quieres que nos sentemos?

-Encantado- dijo germancito y juntos se sentaron a la

sombra de un corpulento árbol. El niño inició su investigación: -Doña Tortuga, por favor, dígame ¿qué fiesta celebra hoy Bosque Alegre? Estoy intrigado.

-Hoy celebramos la primera convención de los habitantes del bosque. La mayoría de nosotros estaremos en el evento, hasta los duendes asistirán. No digo que estaremos todos porque eso es muy difícil, puesto que hay mucha enemistad entre nosotros.

-¿De qué trata esa convención, amiga?

-Trataremos de los derechos de los animales y de cómo defendernos de los enemigos naturales, etc., etc.

-¿Dónde se celebrarán las reuniones?

-A orillas del río.

-Excelente lugar.

-¿Quieres ver cuando se instale el evento?

Sí, me gustaría mucho.

-Entonces vamos- dijo la tortuga. Como yo camino menos rápido que tú, te dejaré con Tío Conejo a fin de que te busque un lugar apropiado para tus observaciones. -Allá viene Tío Conejo- dijo la tortuga.

Tío Conejo había visto a su amigo Germancito, y se acercó corriendo a saludarlo.

-¡Hola, Germancito! ¡Qué alegría me da verte!- Dijo Tío Conejo,

-Gracias amigo,- dijo el niño, y se sentó de nuevo para conversar con el recién llegado.

Doña Tortuga dijo: -Germancito quiere ver los actos de hoy, ¿podría usted llevarlo a un sitio seguro desde donde pueda observar sin peligro?

-¡Con mucho gusto, Doña Tortuga, no faltaba más!

Dicho y hecho se fueron por los matorrales; cuando llegaron a la orilla del río el conejo, dirigiéndose al niño, dijo - sube a un arbusto y trata que el follaje te proteja- yo me iré a la reunión. El niño obedeció y se escondió en un arbusto.

Había olvidado el propósito que lo llevó al bosque. Desde su sitio dominaba la margen opuesta del río y en la hermosa ribera los animales pequeños formaban una ronda. Tomados de las manos cantaban una canción (con música de Arroz con Leche):

Qué lindo es el bosque
Vamos a jugar
Porque ya la fiesta
Va a comenzar.
Que salga el mono
Que salga a bailar

Que cante el conejo
No sabe cantar
Lalalalá...lalalalá
Lalala
Lalala lalá.

Germancito animaba la ronda entusiasmada y por poco lo descubren, estuvo a punto de aplaudir a los cantantes. En ese momento apareció el zorro portando un cartel en grandes letras de colores vivos: "ATENCIÓN, SE VA A INSTALAR EL EVENTO". De inmediato los animales se instalaron en su lugar correspondiente. Se hizo silencio ; la lechuza , parada en una

rama desde donde podía verlos a todos y todos podían verla, dijo en voz de lechuza- "Bienvenidos, amigos habitantes de Bosque Alegre", a esta reunión, organizada para que unidos busquemos soluciones a nuestros problemas. El señor zorro leerá el orden del día. Todos aplaudieron a la señora lechuza.

Después de los aplausos de rigor, el zorro dijo: -Hemos establecido este orden para dar preferencia a los más pequeños, porque nuestro propósito es modificar la ley de la fuerza. Queda con ustedes el señor Cachicamo. Todos aplaudieron, el cachicamo dio las gracias por la designación de hablar en nombre de los pequeños vertebrados y se expresó así:

_"El grave problema que tenemos es el de andar escondiéndonos porque al hombre le gusta nuestra carne, a veces pasamos apuros por cuanto la señora Lapa nos quita la cueva, como dice el refrán, "Cachicamo trabaja pa`lapa."

Después de los aplausos habló el chigüire: -"El mismo problema lo tenemos nosotros, al hombre le ha dado por convertirnos en pescado, así nos come sin preocupación, en los días de abstinencia. Además desde el río veo muchas injusticias, los animales grandes comiéndose a los pequeños. - Intervino la lechuza como moderadora del evento y dijo. _Lo siento, señor Chigüire, pero, todos saben que la Naturaleza a todos nos dio capacidad de defensa. Usémosla para protegernos.-Continúe, señor Chigüire -Otra cosa es la burla que hacen algunos animales pequeños de otros más grandes y respetables, por ejemplo, el señor Conejo burlándose del señor Tigre. -Punto de orden-, -dijo el conejo,- de eso quien debe quejarse es mi amigo Tío Tigre como representante de los

animales feroces. La lechuza puso "fuera de orden" al chigüire y dio la palabra al tigre.

-Señores y señoras- dijo el tigre, las necesidades de los animales pequeños son ciertas, pero como bien lo ha dicho Doña lechuza, debemos recurrir a nuestros dones para defendernos. En cuanto al problema con Tío Conejo, que me hace parecer como un tonto, ese problema no existe (risas y murmullos) ¿Cómo creen ustedes que yo, con este cuerpo atlético (muestra su pecho), con estos músculos y estas garras permitiría que escape un animalito de tamaño insignificante y exquisita carne? No, señores, lo que pasa es que no quiero privar al bosque de un individuo tan inteligente, sin medir fuerzas.

El aplauso fue estruendoso, después del cual el tigre continuó: _Se discute el derecho a usar los dones de la Naturaleza en defensa propia. Yo le permito a Tío Conejo usar su ingenio y sus patas; me bastaría apretar un poco mis manos cuando logro atraparlo, y dejaría de existir el animalito. Yo, el señor Tío Tigre, como él me llama, no me como a los más pequeños sin darles la oportunidad de defenderse (grandes aplausos).

Germancito había escuchado lo suficiente acerca de las razones de Tío Tigre. Bajó del arbolito donde se había ocultado, y emprendió su camino de regreso, despejado de toda preocupación y duda; se despidió de la tortuga que aún caminaba hacia el río para asistir al evento.



DE AMALIVACA

Cuando el viejo mundo no tenía ni la más remota idea de la existencia de esto que hoy llaman América, ya yo era dueño y señor de los mitos, de la realidad y de la creación. He estado en todas partes en gerundio, cada hombre me llamó de manera distinta en el principio. Aún siguen dándome nombres, siguen hablando de la industria como un opuesto a la Naturaleza, sin comprender que la Naturaleza es una industria, mi laboratorio viviente, donde construyo lo primario. Las otras fábricas no hacen sino continuar mi trabajo.

¿Para qué creen que están en la tierra, si no es para integrarse a mi empresa? Ellos, los hombres son los múltiples brazos que necesito para completar mi proyecto; no han comprendido eso y dicen que yo me fui. Nunca lo hice, solamente me escondí un tiempo, en momentos en que la invasión me perseguía para enterrarme.

Después de la reunión con mis colegas Amalivaca del mundo, reanudé mi presencia: tenía una tarea inmensa por realizar; mi hermano y yo somos insuficientes para completarlas. Por eso llamé y sigo llamando: ¡Brazos, brazos, brazos...!

Dicen, que corté las piernas a mis hijas para que no viajaran hasta el mar. No entendieron la parábola. Mis hijas, las quebradas, necesitaban quedarse y no podían, su vida es andar, por tal razón busco los nuevos brazos que hacen las represas, mientras yo continúo sobre la tierra, debajo de la

tierra, en el río, en el mar y en el rosario que reza el gas en las semillas, en todas partes en gerundio, para que mis múltiples miembros transformen y apoyen la vida. Los que piensan que me fui y se sienten abandonados, deben buscarme en la enseñanza dada por sus antepasados, y asumir la vida con la fuerza y la esperanza que vienen del corazón de todos los Amalivaca cuya existencia es el movimiento constante, el hacer continuado desde el principio hasta el fin de los tiempos, donde el hombre rehace cada día la tierra.

EL ÁRBOL, EL POETA.

Este era un árbol que tenía sus hojas y sus semillas, llegó un huracán y lo sacudió fuertemente. Las semillas cayeron alrededor del tronco y se plantaron allí. Hubo una que era tan leve, tan leve que no pudo tocar tierra sino después de haber volado mucho. Cuando el huracán cesó, la ingrátida semilla empezó a sentirse como de plomo y cayó; lo hizo con tanta fuerza que se hundió en la tierra. Aquella oscuridad la aterrizó, por lo cual empezó a moverse para saber si aún estaba viva e intentar escapar de tal prisión.

La semilla se contorsionaba dentro de su cáscara; daba golpes con la cabeza en la superficie inmediata de la tierra hasta que logró abrir un agujero, por allí asomó su cabeza y vio la luz del sol. La claridad, la fragancia de la libertad la estimularon a tal punto que de un estirón sacó todo su cuerpo, eso pensó ella, no sabiendo que los pies le habían quedado aprisionados.

Comenzó a gritar en demanda de auxilio, pero nadie acudió. Se enfureció e insultó a los árboles vecinos, mas ellos no dieron muestras de haber escuchado. Entonces hizo preguntas en voz alta: -¿Qué pasa en este bosque? ¿Ustedes son sordos, o qué? -Gritó.

-O qué dijo uno- y siguió callado.

-Aquí no aguanto un momento más, dijo mientras se impulsaba de nuevo con gran violencia. Con tal esfuerzo se arrancó totalmente pero continuó parado. Cuando se vio libre y

erecto su alegría fue indescriptible. Se puso a bailar con sus raíces como zancos. Al ver que podía desplazarse echó a andar por el bosque; se encontró al río y en él mojó sus pies, más adelante tropezó con un arroyo y probó su caudal. Esto no es agua- dijo, en mi otra vida tal vez fui un borracho.



Después de este comentario continuó su marcha, encontró otro arroyo que le ofreció su fluido, también lo probó y expresó.-Esto parece vino, tomaré un poco más. Dejó sus raíces sumergidas un tiempo y luego dijo:- sí, es vino. Mientras saboreaba el lejano buquet reflexionaba:-Uno no recuerda cuándo probó esto por primera vez, sin saber lo que estaba probando.-¿Dónde estará la historia del primer trago del mundo?-¿Quién sabe! -Se respondió.

"Todos estos árboles son sólo árboles, no hablan ni caminan. ¿Qué hago yo en esta jungla donde nadie comprende lo que digo? ¿Por qué los árboles como yo no tienen semejantes? ¿Por qué tengo esta carga del sonido, esta música en mi savia y estas ganas de tragarme el arroyo? Cuando veo los insectos copulando en el aire yo quiero ser libélula y no puedo, entonces esas lágrimas verdes que se me vuelven flores y salen en las noches a mirar las estrellas...

¡Escuchen, amigos, vecinos de madera como yo!

¡Escuchen, por favor, porque yo tengo voz. Una voz que es un río incontenible saliendo en gritos directos al vacío. Saliéndome en dardos para herir al silencio. Respóndanme!

¡No pueden dejarme con la duda de si en verdad hablo, o no. Aquí nadie pronuncia, viven plantados a la orden de "Creced y multiplicaos".Yo, perdido y solo, pronunciando palabras mientras ellos trabajan y no cantan! ¿Qué pasará con esta voz ahora, en momentos en que no estoy seguro ni siquiera de quién soy?

Porque a ellos, a quienes me parezco, no me parezco nada. Yo soy como una isla de un árbol rodeada de árboles. ¿Qué es esto?- No lo entiendo....

Suelta un grito terrible. La selva se estremece... el silencio regresa. Otro árbol, un árbol añoso le tiende una rama. Se tocan.

-Deja ya de gritar. No estás solo aunque así lo parezca. Yo soy un árbol, pero soy como tú. Un poeta es un árbol y lo sabes. Sólo Dios puede hacerlos al poeta y al árbol.

Cuando el diálogo se hizo monólogo, había allí sólo un árbol, un poeta.

22/06/1995



EL DESVÍO DE LOS RENOS

A San Nicolás le ocurren muchas cosas interesantes en sus viajes. Por ejemplo, una vez el trineo se desvió del frío Polo Norte y cayó en una playa soleada del oriente venezolano; el viejo estaba deslumbrado por el brillo del sol y el verdor de los árboles; extrañado de la nieve. Miraba a todos lados y no hallaba relación alguna con la intención que tenía al partir y la ruta que habían tomado sus conductores, pero no quedaba más remedio que seguir adelante con su trabajo. Hacía mucho calor, se puso a mirar el mar; a lo lejos observó un poblado al otro lado del mar, entonces se aproximó a un bote que estaba llenándose de pasajeros e intentó abordarlo. El marinero lo detuvo, se lo quedó mirando y dijo: -¿A dónde vas tú con ese disfraz?

-Disfraz no. Yo soy el mismísimo Santa Claus o San Nicolás.

-Estás loco si pretendes que yo te crea, pero si me pagas te llevo en mi bote.

-Siento decirte que no tengo dinero.

-Entonces, siento decirte que no tengo bote para ti.

-¿Tienes hijos, Marinero?

-Sí, tengo uno, está grandecito- expresó el marinero.

-Entonces te pago con un juguete.

-Móntate, pues.

-Trato hecho- dijo Santa, muy contento. Mañana sabrás

de mí, sabrás que te digo la verdad.

-Más te vale- dijo el marinero.



La travesía transcurrió con un mar en calma, los pasajeros conversaban de todo un poco. Cuando arribaron a la playa todos salieron del bote, menos "el hombre disfrazado". El

marinero buscó dentro del bote pero no lo encontró. Salió y miró por los alrededores y tampoco lo ubicó.

—Será que se cambió de ropa y logró engañarme. No me di cuenta y se fue con la "cabuya en la pata." Es decir, no me pagó. Mejor no repito esa tontería que cometí— pensó el marinero.

En esa aldea de pescadores, para esa época, no existía la costumbre de obsequiar juguetes en Navidad, mucho menos por intermedio de San Nicolás. Esa noche los pescadores se sentaron bajo las enramadas o ranchos de palma, sin paredes, tocaron el cuatro y las maracas, cantaron polos y galerones y tomaron aguardiente hasta el amanecer, "porque hoy es Navidad", decían.

El sol asomaba sus rayos detrás del cerro y la mar recogía su brillo, cuando una algazara de niños se escuchó venir corriendo hacia la enramada. La aldea toda bailaba en las caras de los niños, pues cada uno había encontrado un juguete al pie de su cama.

El hijo del marinero mostró a su padre un barco en miniatura que era un primor. El padre lo tomó en sus rústicas manos y dijo, para sus adentros, de verdad era San Nicolás que vino a visitarnos. Dirigiéndose al compañero de trabajo le dijo: —Lencho, ¿te acuerdas del disfrazado que se metió en el bote ayer?

—Bueno, tú hablaste de ese disfrazado pero yo nunca lo vi.

Entonces a mí me ocurrió un milagro y no me di cuenta.

La algazara se hizo mayor, todos los niños llegaron en tropel gritando: ¡Lo vimos! ¡Lo vimos!

—¿Qué vieron?

—Vimos un viejo gordo vestido como San Nicolás; nos dijo que él era San Nicolás.

Nosotros lo seguimos por la playa y del cielo bajaron unos venados con los cachos grandísimos y arrastraban una carreta bien bonita; él se metió en ella y se fueron volando por el aire y desde arriba saludaba y reía: ¡jo, jo, jo! Así reía una y otra vez hasta que ya no lo vimos más, ni tampoco lo oíamos reír.



—Menos mal que no estoy loco y sólo, estos muchachos también lo están, pero de contento.— Pensó el marinero.

EL HOMBRE SIN DOLOR

Había escapado con vida de aquel terremoto que arrasó la aldea. Solo y sin rumbo echó a correr hasta caer rendido de cansancio y se durmió. En adelante siguió corriendo y caminando, así creció: durmiendo aquí y allá, pidiendo comida o hurgando en los desechos, mas nunca se enfermó. Cuando caminaba los pies le sangraban, pero no le dolían. Cuando creció podía cumplir largas faenas, con sus manos rotas y sin dolor.

Un día en el arrozal cortando las espigas, unos ojos le miraron por entre las greñas de pelo que casi cubrían un rostro; él amaneció en esos ojos; dos manos le tocaron y él vibró: el primer amor, el momento de continuidad. Un año después, nació su hijo, un varón y le llamaron Mario, como su esposa le llamó desde el día en que él le dijo que no recordaba su propio nombre.

Mario amaba a Mario hijo con todo su afecto, sin embargo no podía comprender por qué lloraba cuando se lastimaban sus rodillas al caer, o cuando estaba resfriado y le dolía la cabeza. Era inútil, para su esposa, hacerle comprender el fenómeno natural que se expresa en el dolor.

El niño enfermó gravemente aquella mañana, decía que el abdomen le dolía con mucha intensidad. Ni los cocimientos preparados por la madre, ni las manos rústicas que le pasaba su padre lograban calmarlo. Mario estaba desesperado; cargó

a su pequeño y junto con su esposa, salieron en busca de ayuda.

Llegaron al puesto de ayuda médica más cercano; Mario depositó al niño en una camilla que le ofrecieron y dijo al médico: -Aquí tiene a mi hijo.

-¿Qué tiene su pequeño?- Preguntó el médico.

-Algo que yo desconozco, porque nunca lo he sentido, tiene un fuerte dolor.

La madre se quedó con el niño, el hombre abandonó el recinto y, como un animal asustado, se refugió en un rincón.

-Dios, pensó el hombre,-¿por qué no puedo sentir lo que otros sienten? ¿Cuántas veces lo habré tratado peor de lo que debía sólo porque no puedo comprender eso que llaman dolor? Aunque yo siga tal como soy, aunque mi cuerpo no cambie, seré mejor con él si Tú me das la oportunidad, Señor. Mario estaba muy cansado y se durmió.

Dios le dijo -Te comprendo. Tampoco yo supe lo que era el dolor hasta que tuve a mi hijo Jesús. Él me enseñó cuánto puede doler la carne. Entendí porqué unos se abandonan a la muerte y no luchan contra ella. Desde entonces supe que el dolor es un tormento necesario para escuchar al cuerpo. Mi hijo me lo enseñó, así como el tuyo te lo ha enseñado hoy. En adelante recuerda: "Tal como duele tu alma por lo irremediable, por lo injusto igual duele el cuerpo por las enfermedades y las heridas. ¡Ahora, despierta, tu hijo vive, el mío también!"

EL PERRO AZUL

El Perro Azul, así le conocíamos en casa, con ese nombre que no correspondía al color de su pelambre la cual no era precisamente del color del cielo, sino de un blanco marfileño que hacía pensar en un perro aseado y querido de algún niño.

Un día los niños jugaban con Capitán, su perro, en el jardín y dejaron abierta la entrada, el perro se escapó corriendo velozmente. En su carrera trazaba líneas rectas y circulares en el suelo salitroso. Con vigor juvenil rasgaba la superficie plana y ancha, cubierta por una leve capa de sal, que estaba frente a la casa.

Capitán no atendía las llamadas insistentes, él estaba feliz, libre por primera vez en mucho tiempo. Decidimos olvidarnos de él por un rato, y dejarlo que se divertiera. A veces, al extender la mirada hacia la tierra brillante, se le veía retozar con un perro color marfil, que tenía su collar verde.

Los dos perros jugaron juntos largo tiempo. Cansados de jugar y correr, vinieron juntos hasta la casa y entonces José, el mayor de los niños, que aún no contaba cuatro años de edad, se mostró sorprendido por el compañero que tenía su perro. Tal vez no se había fijado en algún otro perro de color distinto al del suyo. Con sus grandes ojos muy abiertos, con la sensación de quien da una buena noticia, dijo.- ¡Mamá! ¡Papá!. ¡Capitán está jugando con un perro azul! Nos pareció graciosa la expresión

infantil, y abrazándole dijimos: -hijo, ese no es un perro azul, es un perro blanco. Sin embargo, cuando nuestro perro jugaba con su amigo, decíamos que estaba jugando con el Perro Azul.



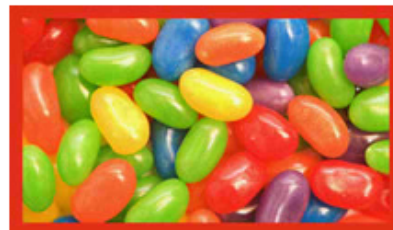
Días después ocurrió algo inesperado: salíamos a dar un paseo en familia y vimos a Capitán corretear alrededor de algo. Miramos fijamente y observamos. Tendido, a todo largo, yacía sin vida el Perro Azul. Su pelambre blancuzca se confundía con la superficie salitrosa de la explanada. Tuvimos una sensación parecida a la que se vive ante el cuerpo sin vida de un amigo. Capitán sigue tan alegre, sin comprender que no

volverá a verlo. José comentó. -Está muerto el perro blanco- él no es azul ¿verdad mamita? Sí, hijo, no es azul.

EL PRECIO DE LOS CAMELOS REGALADOS

Aquellos niños crecieron en una ciudad tranquila y armoniosa donde se podía correr libremente, subir a los árboles, bañarse en el río y asistir a la escuela sin peligros aparentes.

Un día llegó por allí un desconocido, su costumbre era esta: se aparecía en el parque o en la puerta de la escuela con su cara llena de simpatía y una cordialidad incomparable. Los niños se hicieron amigos de esa persona que tenía la costumbre de regalarles caramelos exquisitos y su amistad.



Estaban ya finalizando la escuela, llegaba la adolescencia y tenían al amigo mayor que les hacía falta para enseñarles cosas de hombres. Era viernes y el amigo les habló así:

_Ustedes ya están grandes como para dejar los caramelos; ahora les daré algo más de hombres. Mañana los

espero en el parque, allá hablaremos. Inocencio, te encargo la tarea de llevarlos a todos- dijo dirigiéndose al mayor de los niños. Inocencio escuchó con atención y dijo -está bien, les diré a los otros y mañana te doy la respuesta.

A las cuatro de la tarde del sábado, todos estaban en el sitio propuesto. Doce compañeros, doce amigos, doce aventureros dispuestos a escuchar el discurso entusiasta.

Primer paso para convertirse en hombres. Habló de lo que para él eran las ventajas sociales de fumar cigarrillos: "Millones de personas en el mundo viven gracias a la industria del cigarrillo, cientos de jóvenes son aceptados y hacen amistad por compartir una fumada; es hora de compartir una fumada: hora de entrar en el mundo de los triunfadores. Ahora a la cuenta de tres encendemos nuestro primer cigarrillo y nos vamos hacia lo desconocido. A cada uno le dejo cuatro de estos, en adelante no volverán a verme. Ustedes están grandes. Ya lo saben."

-¿A dónde vas?

-En busca de nuevos amigos.

-¿Y nosotros? ¿Qué haremos sin ti?

-Cuando me extrañen, fumen, utilicen mi regalo. Así diciendo desapareció.

Se quedaron profundamente dormidos, soñando acciones de guerra, de sexo, de riesgos, de fiestas y sobre todo de ruido. Después de aquella tarde se volvieron silenciosos, haraganes, hostiles; como si hubiesen hecho promesa de incomunicación, cada uno ocupó su propio mundo, un cuarto pequeño y sucio que alarmó a los padres, provocó irritación en la familia que en su desespero intentaba infructuosamente la

comunicación; era como si el hilo del amor se hubiese despedazado.

Corte de suministros, mesadas, regalos todo quedó en suspenso hasta que no hubiese una posibilidad de comunicación. Nadie contó el tiempo transcurrido, ni reseñó todos los acontecimientos, pero si se habló de pandillas de adolescentes. Eran ellos. Cuando se vieron sin dinero y sin apoyo se fueron a la calle. Allí descubrieron el robo y el delito, la cárcel, la escapada, el hambre y la miseria. Los padres buscaron sin cesar, pero cuando ya estaban próximas las pistas desaparecían. Descubrieron lo difícil que es el rescate de unos hijos descarriados. Los padres buscaban y oraban por un milagro: el retorno de sus hijos.

El día de San Valentín, día del amor y la amistad, la soledad se hizo patente. Como llamados por una campana fueron llegando al parque, a su viejo árbol, allí donde estaban los mejores recuerdos de la infancia. Cada uno tomó su viejo puesto en el suelo. El círculo estaba hecho. Como si se hubiesen despedido ayer, se saludaron. Después de un largo silencio uno de ellos se levantó y comenzó diciendo: -Miren, esto es cuanto queda de nosotros. En poco tiempo ya no podremos esconder tanta miseria; vine aquí con el único propósito de morir en un lugar amado.

Antonio se sentó y tomó la palabra Inocencio: Yo vine con otro propósito: Hoy botaré al infierno toda esta mugre que me ha cubierto. Volveré al viejo taller de pintura donde solíamos realizar nuestros trabajos, ese espacio abandonado desde que el Hacedor de Reyes desapareció; allí comenzaré de nuevo. Ya que ustedes también están aquí significa que todos estamos

vivos aún, les pido que volvamos y hagamos lo posible por salvar a los que están en peligro. Les avisaremos, los prevendremos contra ese simpático amigo que nos daba caramelos y después nos dio veneno.

En la ciudad apareció un nuevo grupo de artistas jóvenes. De su TALLER EL RETORNO, salió una extensa campaña preventiva contra las drogas. Los puros mensajes delicados como flores llegaban a los niños llenos de amor, acrisolando el alma, dando fortaleza para rechazar regalos azucarados, cuando vienen de manos desconocidas y mal intencionadas.

FANTÁSTICO VUELO

Como grillos del hogar cantaban las ideas en sus cabezas llamándolas, distrayéndolas, recreándolas. En los momentos de mayor comunicación interior cada una, por su lado, se recluía a tejer.

Tejían hermosas piezas, que hacían volar de contento a los niños. Un día quisieron tejer juntas, pero no aquí. Se fueron muy lejos, a la Guayana, en busca de Amalivaca para que les contara cómo empezó la creación, luego ellas lo contarían a los niños, tal como Amalivaca se los contara.

Montadas en su papagayo de sueños de vistosos colores remontaron las cumbres, imaginaron pirámides de diamantes enterradas en las profundidades. Los palacios dorados de los aborígenes resplandecían ante sus ojos asombrados.

Paneaban por encima de las copas de los árboles cuando de repente se presentó, ante los ojos perplejos de las dos amigas, una inmensa cascada o salto de agua, y sobre tal magnificencia el mayor arco iris jamás visto.

Las aventureras volaban y volaban, mientras sus ojos filmaban entusiasmados la majestuosidad del paisaje.

La noche estaba próxima; una lluvia abundante comenzó a derramarse sobre la vida. Josefa y Griselda conservaron el entusiasmo.

El papagayo estaba muy cansado y sus hilos a punto de deshilacharse. Las dos amigas no pensaban detenerse, la

punta del hilo amarrada a la tierra ya no tenía nada más que estirar y entonces...reventó.



45

Ya sin nada que lo atase, se perdió entre las nubes, en un viaje infinito y sin retorno. .Años después de aquella gesta en una nave multicolor de dos muchachas tejedoras de sueños, unos viajeros de la selva amazónica encontraron los restos de un papagayo y atado a él, un manuscrito. En el primer momento de su hallazgo, creyeron estar en posesión de un mapa que los llevaría hasta la presencia de algún tesoro oculto en algún lugar de la selva. Comenzaron a leer con avidez. El entusiasmo crecía cada vez más a medida que avanzaban en la lectura. Impresionados reían de contento porque estaban en presencia de un hermoso libro de cuentos que resultó ser un auténtico tesoro: Eran los sueños que las dos jóvenes tejían y convertían en piezas hermosas que hacían volar a los niños de contento.



46

GERMANCITO EXPLORADOR

Una tarde estuvo Germancito jugando largo rato en el parque con sus amigos. Montaron en columpios hasta chorrearles el sudor, luego se fueron a ver a los animales que vivían en el zoológico. Caminaban dando saltos y tumbándose en la hierba, gritando y riendo, llegaron al pozo de los caimanes. Allí había tres hermosos ejemplares, con el cuerpo montado en el brocal del pozo y la cola sumergida en el agua, mientras sus ojos cerrados dormían una siesta con sueños de caimán.

Los niños corrían y gritaban para despertarlos, pero los animales continuaban durmiendo; lanzaron piedras cerca de esos cuerpos para asegurarse si eran estatuas o si de verdad estaban vivos. Nunca se sabe...Un caimán abrió la trompa en una inmensa V, los niños palmorearon alegremente. Los otros caimanes también despertaron y abrieron sus fauces, se les vio la lengua como un tapón del color del barro.

Los niños se asustaron y emprendieron veloz carrera. Entonces fueron de jaula en jaula saludando a cada animal. La noche se acercaba y las madres llamaron a sus niños para el regreso a casa. Germancito no regresó con el grupo, su madre no se sorprendió pues él acostumbraba quedarse solo un poco más con los animales.

Mientras los otros niños jugaban en el parque, Germancito se internó en el bosque vecino hablando con las

plantas, los animales y a veces hasta con las piedras. En esto andaba cuando se topó con una rosa, extraña para él. Hola, rosa, ¿cómo te llamas? - -Saludó Germancito-, no te había visto antes.

-Hola, niño- contestó la rosa, moviendo sus pétalos. Tú no me conocías, mi nombre es Rosa de Montaña, he vivido siempre en el bosque. Ahora dime ¿quién eres y a qué has venido?

-Me llamo Germancito- y no sé por qué estoy aquí- respondió el niño. Sencillamente vi el sendero, me metí en él y ya me ves.

La rosa inquirió de nuevo: -¿cómo son las rosas de la ciudad?

-Son muy lindas, pero ninguna tan buena y tan bella como tú. La flor sonrió y sus pétalos encarnados acentuaron su color. El visitante se despidió de la flor y siguió su camino. Levantó la vista porque escuchó un ligero movimiento en la copa de los árboles, era una ardilla que jugaba en los arbustos, pasando de rama en rama. Cuando la ardilla captó la presencia del visitante se acercó y saludó con una sonrisa que dejaba ver sus afilados diente-cillos.

-¿Qué tal, ardilla? Acabo de ver a una hermana tuya en el parque, tiene una bonita jaula y está bien alimentada. Nosotros acostumbramos darle almendras cuando la visitamos.

La ardilla del bosque se puso triste y dijo - ¡Pobrecita, cómo pudiéramos sacarla de esa jaula donde vive prisionera! Mientras ustedes se divierten, ella se muere de nostalgia por su bosque y sus bejucos.

Germancito sintió un ligero calor en los ojos, estaba

llorando. Con mucha pena se despidió de la ardilla y siguió su camino. De pronto vio acercarse un animal de cuerpo pequeño, grandes ojos, cola muy corta y orejas largas, al cual se alegró de ver y le dio un saludo familiar: -¡Hola, Tío Conejo! ¿Cómo van tus relaciones con Tío Tigre?

-¡Ji, ji, ji, río Tío Conejo- muy bien, muy bien por ahora. De repente el conejo se quedó serio y exclamó: Oye, si no nos hemos visto antes, ¿de dónde me conoces, y hasta sabes de mis relaciones con Tío Tigre?

Germancito soltó una carcajada y dijo: todo se sabe, amigo, todo se sabe...

-¡Caray! ¡Hasta la ciudad llegan los chimes del bosque! Exclamó el conejo, complacido. Te llevaré a conocer a Tío Tigre. Pero eso sí, no hagas el menor ruido, porque su sueño es muy liviano; él olfatea el peligro.

-No somos peligro, sólo vamos a verlo.

-Sí, pero él no lo sabe. ¡Vamos!

Con mucha sutileza se acercaron a Tío Tigre que dormía a la sombra de un árbol, lo miraron un instante y se alejaron de allí, con sumo cuidado.

-Debes regresar a tu casa, se hace tarde -le recordó el conejo a Germancito, quien se había olvidado de consultar su reloj. -Es cierto- expresó el niño y juntos emprendieron la marcha de regreso en amena conversación. Germancito había encontrado un guía para salir del bosque aun cuando no deseaba hacerlo.

El sol andaba por las copas de los árboles, en ese momento vino desde allá arriba una algazara. En la copa de un árbol jugaban unos araguatos cuya pelambre relucía con los

últimos rayos del sol. A una señal de Tío Conejo, un araguato bajó a saludarles, alargó una de sus manos que Germancito estrechó calurosamente. Curiosos, los demás araguatos bajaron columpiándose por los bejucos que colgaban del árbol, y saludaban con las manos a nuestros paseantes.

Las luces de neón inundaban la ciudad y el parque cuando Tío Conejo en la mitad del sendero despidió a su amigo. Germancito salió del bosque, saltó la alambrada y entró de nuevo en el parque donde ya su madre comenzaba a inquietarse. Cuando lo vio junto a ella dijo: - Sabía yo que tú estabas jugando solo. Tus amigos se fueron hace ya mucho tiempo.

_Sí, mamita, estuve dando un paseo por el bosque.

-¿Por el bosque!? Preguntó alarmada la mamá. .

-Sí, por el bosque. Nunca creí encontrar tanto cariño en sus habitantes. Todos me trataron como a un viejo amigo. Algún día te llevaré para que hables con ellos.

La madre sonrió Este niño es pura imaginación- pensó. Vamos a casa, papá nos espera para cenar y tú debes estar hambriento, llevamos dos horas fuera de casa.

LA MUJER DE LA CASA SOLA

Llegó en un viejo carruaje, se paró frente a la Casa Sola, bajó del auto y sacó de su bolsillo una llave grande y oxidada que hizo mover en el interior de aquella cerradura dormida durante más de un siglo. Tenía el pelo largo, tejido en una larga trenza, su cuerpo delgado, vestido con un traje de falda ancha y corpiño ceñido al cuerpo. Entró en la casa como si la hubiese dejado ayer. Buscó en el desván una vieja escalera de madera, por la cual subió con agilidad sorprendente y claveteó en el frente de la casa un gran aviso .SE CUENTAN CUENTOS.

Nosotros, que la habíamos seguido de cerca, nos sentimos liberados del temor que siempre nos invadía ante la Casa Sola. Apenas la mujer entró y cerró la puerta nos pusimos a espiar por una rendija de la ventana; comenzábamos a husmear cuando ésta se abrió totalmente. Nos quedamos pasmados. Ella nos invitó a pasar, nosotros aceptamos. Nuestro deslumbramiento fue inmenso, al ver que el interior de aquella vieja casa, que suponíamos llena de telarañas, lucía limpio y ordenado. Nos condujo a un salón alfombrado de rojo y nos hizo sentar en el piso, ella también se sentó. Nuestros labios permanecían cerrados y los pies habían perdido su autonomía. Nuestra anfitriona rompió el silencio.

-Ya vieron... significa -dijo.

-Sí afirmamos a una voz nosotros tres, mis dos amigos y

yo, Juan José.

-Les diré, contar cuentos es algo muy necesario que poca gente hace en este pueblo, por eso me detuve aquí. No sé si ustedes están de acuerdo en escucharme.

Sí estamos de acuerdo y nos gusta mucho.-

-¡Magnífico!- Exclamó ella y comenzó con los de Había Una Vez.



No podría decir cuánto tiempo duraban esas jornadas que se repitieron durante siete días, con sus horas de galletas; caramelos y agua fresca de un tinajero. Sólo sé que ella siempre debía mandarnos de vuelta a casa, pues nosotros

estábamos muy a gusto allí, escuchándola

Un día nos dijo: -esta aventura termina hoy y solamente ustedes tres la han vivido. Nadie más en este pueblo ha visto el anuncio; ahora, por gracia especial, ustedes pasan a formar la hermandad de los Cuenta Cuentos, que tiene la misión de compartir la felicidad de vivir juntos el Mundo de los Cuentos. Por favor, váyanse, es hora de comenzar, o mejor dicho, de continuar.

Esto que acabo de contar sucedió en un pueblo llamado Oniro, donde transcurrió mi infancia, hace muchos años, pero de vez en cuando aparece alguien que lo oyó referir a su abuelo, que a su vez lo oyó de su bisabuelo y así sucesivamente.

LA FASCINACIÓN DEL CIRCO

El circo llegó al pueblo con su carga de colores desteñidos se plantó encima de la plazoleta donde jugaban los muchachos. En una carreta tirada por caballos paseaba un grupo de pintarrajeados personajes; detrás de una carreta adornada con telas de colores y flores de papel caminaba un payaso. Iba montado en zancos muy altos, ostentaba una nariz colorada como un pimentón sobre su cara tan blanca como pared recién encalada. Desde el carruaje una voz masculina invitaba: ¡Vengan esta noche a ver a nuestra primerísimo bailarina, al domador de fieras, al encantador de serpientes, la decapitación de un hombre vivo y muchísimas atracciones más! ¡Vengan! ¡Vengan! ¡Vengan!



Se apagaba la voz y entonces sonaba la música de paso

doble, que se apagaba lentamente a medida que se gastaba la cuerda de la victrola. En la parte posterior del vehículo, una joven de cabellos dorados y traje de luces, saludaba con una sonrisa.

Aquel pueblo terroso y amodorrado vibró con la presencia del circo; chicos y grandes se amontonaron a la entrada para adquirir sus pases, en los alrededores se esponjaban los granos de maíz tostado; el gran asombro de los pobladores lo provocaba el dulce de algodón de azúcar; esos copos de nieve que ellos no habían visto nunca.

Hombres, con agilidad de monos, caminaban sobre cuerdas; mujeres finas que volaban lanzándose desde un trapecio colocado a gran altura, para encontrar en su vuelo otras manos que agarraban las suyas fuertemente. Un trapecista, unido por una sola mano al columpio, sostenía con la otra a su compañera. Juntos danzaban en el aire con una embriaguez contagiosa, luego aterrizaban en la tarima haciendo una profunda reverencia, a un público que aplaudía con gran entusiasmo.

La bailarina de rumba, con su traje diminuto, sus movimientos breves, continuos y pulcros al son de la música, ponía un toque de erotismo a la función. Después de la bailarina de rumba aparecía Marcos y la cabra Blanquita. El joven paseaba la cabra por todo el escenario, ambos saludaban al público; ella lo hacía levantando una de sus patas delanteras; Marcos besaba la frente de Blanquita y luego le señalaba una botella, colocada en el centro del escenario; con elegancia y delicadeza, la cabra ponía una a una sus cuatro patas en la boca de la botella, sin tumbarla. El público se

desbordaba en aplausos.



Al día siguiente, los niños lavaron botellas y se las vendieron al hombre de la carretilla; las mujeres hicieron dulces de coco y los hombres salieron a pescar, todo para tener dinero y repetir la visita al circo. Vivieron momentos mágicos: conocieron animales extraños como los elefantes, las jirafas y los tigres; contemplaron una inmensa serpiente que un domador se enrollaba al cuello mientras pregonaba la venta de una pomada, la "Pomada Curabién". Las mujeres y los ágiles hombres, mezcla de mono y de serpiente, dieron esa última noche lo mejor de su magia.

La actuación del circo duró una semana, al final de la cual los circenses recogieron sus carpas, sus cuerdas, sus animales y demás enseres y se marcharon dejando atrás la polvareda y llevándose los corazones de los niños, atados a las cuerdas invisibles que tendieron sus movimientos en el aire de las noches del circo. Eva, la niña rubia del panadero, desapareció del pueblo; su angustiado padre aún espera que este circo retorne y se la traiga; a él nadie le ha confirmado su sospecha, pero tiene la certeza, allá en lo más profundo de su

alma, de que esos maromeros se llevaron a su hija en el circo. Ese mismo que dividió el tiempo en ANTES Y DESPUES DEL CIRCO.

LA FIESTA

Se estaba casando una joven pareja de amigos. La boda se celebraba con una fiesta familiar, la cual resultó muy animada. María estaba allí con Jesús, su hijo. Bailaban y bailaban, como buenos amigos. Llegó un momento en que ella dijo: "Estoy cansada, hace mucho calor, iré afuera a refrescarme un poco". -Anda, -le dijo Jesús. Ella caminó por el largo pasillo que conducía hasta el jardín; en el camino se colocó a su lado la madre del novio. Caminaban y conversaban.

-La fiesta está resultando sumamente grata, toda la gente está muy alegre, hasta yo he bailado -dijo María.

-Me alegra que te hayas divertido en la boda de mi hijo. A propósito ¿cuándo se casará el tuyo?

-Eso quisiera saber, -dijo María con una sonrisa juguetona en sus labios. Todo está saliendo bien, amiga, pero te noto algo preocupada. Lo que sea puedes decírmelo, para eso somos amigas.

Se hizo un corto silencio; se tomaron del brazo, caminaron hasta un pequeño banco que estaba cerca, se sentaron. La amiga expuso: -me da pena contarte esto, pero tenemos problemas; la fiesta está en su mejor momento y ya el vino está por terminar. No sé qué hacer, amiga.

-Tranquilízate mujer, que Dios proveerá. Es hora de volver al salón, la música nos espera. Dieron la vuelta y regresaron donde la música se dejaba escuchar vigorosamente. Jesús estaba sentado cerca de la entrada. María se le acercó y le

invitó a bailar; él se extrañó un poco pero le siguió la corriente. Habían danzado unos pasos en silencio cuando Jesús, mirándole a los ojos, le dijo: -Madre, ¿qué estás pensando? Habla, no tengas pena, habla.

Puedes darles una alegría a nuestros amigos, -dijo María.

-Sé perfectamente de qué se trata, pero aún no ha llegado mi hora, -dijo Jesús.



María expresó: -La hora para nuestro Padre es cuando necesitamos y le pedimos. Jesús no replicó a las palabras de su madre, simplemente le tomó del brazo y juntos caminaron

hacia donde estaban los encargados de servir el vino. Al verlos llegar, uno de ellos expresó: -"Esto se terminó y la fiesta sigue viva. -No sabemos qué hacer"

-Llenen de agua esas barricas -ordenó Jesús. Los hombres estaban perplejos y no se movían. María, dirigiéndose a ellos les dijo: -"Hagan lo que mi hijo les dice". Los hombres llenaron los recipientes, tal como se les había ordenado. Jesús alzó su mirada hacia lo alto y dio las gracias por el vino, luego dijo a los escanciadores: -Sirvan una copa y llévensela al jefe para que compruebe la calidad. Así lo hicieron los asombrados servidores, cuyas manos temblaron, al ver lo que salía de aquellas vasijas, que ellos mismos habían llenado de agua. Nada dijeron a su jefe, le ofrecieron la copa de vino a fin de que lo probara.

-¿Qué es esto?... Siempre se sirve el mejor vino al comienzo de la fiesta y aquí se ha dejado para lo último... ¡Este es un excelente vino! No se queden allí parados y vayan a servirlo.

La fiesta continuó hasta el amanecer. No se sabe a qué hora regresaron Jesús y María. Lo que sí sabemos es que por mucho tiempo se habló de aquel suceso como un milagro.

LA GRAN NOCHE

La Estrella de Belén estaba más alegre que de costumbre, soltó su cabellera y salió convertida en un cometa, danzando por el espacio inmenso; lo hacía como una bailarina sobre el gran escenario del cielo, que esa noche le pertenecía casi por entero. En otro punto de la galaxia San Nicolás y los Reyes Magos celebraban una reunión, sentados alrededor de una cantidad de cartas que parecía una montaña. La Estrella los divisó. En raudo vuelo llegó hasta ellos y flotó sobre sus cabezas en afectuoso saludo. Al aproximarse notó en sus amigos un semblante de preocupación; se acercó, y con voz suave preguntó:- ¿Por qué esas caras de preocupación, amigos míos? ¿Qué está pasando?

San Nicolás se puso de pie, su enorme barba blanca relucía con el fulgor de la estrella recién llegada, y expresó: - Tenemos dificultad para cumplirles a todos los niños, que han depositado en nosotros su confianza, al enviamos sus cartas comunicándonos el deseo de recibir su regalo único en la Gran Noche. Luego de un breve silencio la Estrella hizo otra pregunta:

_ ¿Con quién enviaron los niños esas cartas?

_ Con los pájaros, con toda clase de pájaro- respondió Santa.

-Si los niños pidieron ayuda, háganlo ustedes también- dijo la Estrella, y así diciendo se alejó a gran velocidad.

Los Reyes Magos, hombres muy sabios, comenzaron a expresar ideas:



-Enviaremos los paquetes con los pájaros, si ellos ayudan a los niños también pueden hacerlo con nosotros- expresó Melchor.

-Con los pájaros no será, ellos duermen muy temprano, y los necesitamos durante toda la noche- dijo Gaspar.

Baltasar tomó la palabra y dijo.- Hablemos con el Amor, debido a su capacidad de ayudar y de resolver problemas creo

que pueda decirnos algo para llegar a una solución satisfactoria; está en juego nuestra reputación de Mensajeros de Dios.

Melchor arrancó una flor de pascua en forma de campana y la hizo sonar; de inmediato apareció un niño sonriente ostentando un par de primorosas alas.-Aquí estoy, dispuesto a escuchar- dijo Amor.

-Bien dicho _expresó Melchor con una sonrisa. Te contaré la razón de nuestro llamado. A grandes rasgos, refirió el apuro y la necesidad de ayuda, .Amor se sintió complacido de participar en tan delicada empresa.

-Nos gustaría conocer tu plan- dijo Melchor.

-Por su fruto lo conoceréis; quiero hacerlo a mi manera- expresó Amor con mucha seguridad en sus palabras

-Será como tú digas, nuestra confianza te pertenece. Vé con Dios- dijo Gaspar. Todos alzaron su mano para bendecir al ángel que se hacía cargo de la gran misión.

Amor se fue por todos los caminos; penetró en todos los hogares; buscó a cada padre, cada madre, cada abuelo, cada tío, cada padrino, cada amigo: fue susurrando a cada corazón, a cada oído la importancia de la Gran Noche. Cuando la información estuvo repartida, Amor creyó conveniente poner una condición y habló así:

-Sin el cumplimiento de la condición que voy a poner, el mensaje de la Gran Noche perderá el sentimiento de haber recibido un regalo de Dios, el Padre del Universo.- ¿Cuál es esa condición?

-Pongan mucha atención a mis recomendaciones: "Los regalos deben permanecer ocultos hasta las doce de la Noche

Buena de Navidad; los niños deben estar dormidos; en sus habitaciones debe reinar completo silencio porque en ese momento de la Gran Noche, entra, por la ventana o por la puerta la bendición de Dios para los niños mientras ellos duermen. Eso necesita silencio."



Amor se quedó callado en espera de la reacción de sus oyentes, la cual no se hizo esperar.- ¡Puedes contar con nosotros!- Dijo la voz del mundo.

Las casas, las calles, las plazas, los jardines, todos se vistieron de luces. En todas partes brotaban los árboles de navidad; antiguas ciudades aparecieron en miniatura recreando el pueblo de Belén, donde hace muchos años vino al mundo el Niño Dios.

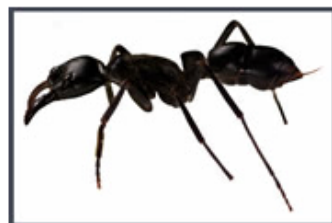
En esas pequeñas ciudades se resguardaba la Sagrada Familia. Mucha gente salía de sus casas por las noches a ver los Nacimientos, emblemas navideños de una gran parte de la cristiandad.

Las tiendas de juguetes se abarrotaron; los comerciantes contrataron un mayor número de vendedores; los padres, amigos, padrinos y abuelos, se ayudaron con los taxistas para cumplir su amorosa tarea. En el mundo entero se hizo una cadena humana muy grande; todos tendieron sus manos y las unieron para ayudar a los Mensajeros de Dios a cumplir su compromiso con los niños, tal como Amor lo había solicitado para la Gran Noche.

Al día siguiente las casas, los parques, las calles, las plazas se llenaron de risas y de gritos, de chirridos de ruedas y todo eso tenía un solo nombre escrito en la faz de cada niño: ¡FELICIDAD!

LA HORMIGA DENTONA

Porque tenía los dientes muy grandes, era el terror de todas las hierbas silvestres; cuando la veían acercarse las flores cambiaban de color, se ponían del color de la tierra para no ser vistas. Las amapolas deseaban oscurecer sus pétalos, y los árboles frondosos querían llenarse de espinas para no dejarla llegar hasta sus ramas.



Un día, Dentona salió en busca de alimentos para llevarlos a su cueva. Caminó por debajo de las plantas y se puso a recoger flores muertas; un grillo, que por allí pasaba, le preguntó: -¿Por qué recoge usted flores viejas en vez de llevarse las más frescas?

Dentona se sintió complacida con la pregunta que le abría la posibilidad de hablar con otro habitante del parque y de buena gana respondió: -Mira mis dientes, cuán afilados son. Si los clavase en el tallo de una flor, la lastimaría y no me gusta

ver ni oír llorar a las flores.

Las campánulas se agitaron, las cayenas se alumbraron de alegría, las amapolas se ruborizaron y las hierbas aplaudieron con fuerza. La hormiga percibió que algo grandioso estaba ocurriendo y, dirigiéndose a su amigo, el grillo, preguntó: -¿Qué está pasando aquí, por qué hay tanto alboroto? El grillo, observando el asombro de la hormiga, expresó: -Todos acabamos de saber lo buena que eres, a pesar de tener unos dientes tan grandes y afilados.

LA MANO DE CORAL

Bonita como un espejo azul con la carita de un niño adentro, alegre como una mañana de Navidad a los cinco años, revoltosa como un adolescente... así estaba la mar. Sobre la arena, con ella misma los niños celebraban una fiesta de sol. Matilde, la de la imaginación en vuelo, recoge en una lata vacía los tesoros que saca de la arena.

Cuando ya es medio día y el traje de baño se le ha tatuado, ella deja el juego y va con su tesoro a la enramada; con una sonrisa en su cara de pomalaca extiende en el piso rústico su hermosa colección. Con gran júbilo va mostrando cada objeto: -Un caracolito, otro caracolito, tres caracolitos, ¡veinte caracolitos! ¡Ahora chipichipes! Uno, dos, tres...cuarenta chipichipes... De pronto detiene su inventario y dice sorprendida: -Mamá, ¿Cómo se llama esto? Abre su mano y muestra un fragmento de coral calcinado y añade, se parece a una mano.

-Sí, mi amor esa es una manito de coral.

-¿Quién es coral?

-Coral es un animal parecido a una planta, a veces más pequeña que tú y a veces más alta que tú: ella vive en el fondo del mar, donde el agua es completamente limpia, las ramas son los brazos de donde salen muchas manos como esa que tú encontraste en la arena-

-¿Quién le quitó su manito al coral?

-El mar.

¿Por qué se la quitó, porque es malo?

-Nada de eso, el mar es nuestro amigo; también es amigo del coral, es la casa donde viven el coral y sus compañeros los peces de colores, las estrellas de mar, los caballitos, los erizos y muchos otros animales y plantas marinas. El coral es amigo de la ola y ellos conversan muchas cosas. Acuéstate aquí en mis piernas para contarte lo que conversaron hoy.



La niña se subió a las rodillas de su madre y recostó su cuerpo en el regazo, la madre le acariciaba los cabellos con ternura y le decía: -Cuando la ola viene de allá de mar afuera,

se acuesta en la playa y luego regresa nuevamente a donde está el coral y le cuenta a éste lo que sucede acá en la playa. Hoy estuvieron conversando acerca de la gente que se baña aquí.

El coral preguntó a la ola ¿Qué has visto hoy?

-Niños, niños, niños....respondió la ola mientras se marchaba con su prisa de ola.

Cuando la ola volvió el coral dijo, sígueme contando

La ola prosiguió -vi a una niña chiquita, graciosa, alegre... se fue la ola otra vez

Al volver la ola el coral dijo -¿qué más?

-La niña recoge caracolitos y conchas.

Como la ola está siempre viajando, conversa interrumpiéndose cada momento y es necesario tener mucha paciencia para saber lo que dice la ola. El coral dice que vale la pena tenerla.

Volvió la ola y el coral le preguntó: -¿Y Ahora?

-Va diciendo: un caracolito, otro caracolito..., y se fue, siempre de prisa.

Al marcharse la ola el coral pensó: Cuando la ola regrese ya se lo que haré.

Volvió la ola y continuó informando:

-Ahora se está bañando. El coral se apresuró a decir: llévale a esa niña, con mucho amor este pedacito de mi cuerpo, acaríciala suavemente, el coral hablaba de prisa porque la ola estaba apurada por traerle la manito de coral.

-Mamá tengo sueño.

-Duerme, pues-

-Guárdame la manito de coral que me trajo la ola.

Guárdamela mamá; porque si se me pierde el coral se pone triste.

-Sí, te la guardo, duerme.

La niña se durmió plácidamente, soñó que el coral le daba un abrazo y la acariciaba con sus muchas manos pequeñitas. Soñó también con cuentos de caracoles, cangrejitos ladrones y pececitos desobedientes en apuros. Soñó que todos esos cuentos se los contaba el coral.

LA PERRA Y ELLA

Sentada, frente a la perra enferma, la mujer pasaba suavemente sus manos por sobre el cuerpo del animal. La perra, de vez en cuando, miraba con ojos soñolientos y continuaba su largo silencio. Mientras ella sobaba a la perra, meditaba:

-Viniste a casa traída por amor, como yo; cuidaste de la casa y de todos por amor, como yo. Tú y yo sin dueño, sin hijos ahora. Tus ladridos se han apagado tanto que ya no anuncian la llegada de nadie, mucho menos espantan los intrusos. Mis piernas apenas pueden sostener el peso de mi cuerpo y mi corazón late a su capricho. Tú te ves tranquila, feliz de dejar tu vida de perra, yo estoy apacible, feliz de abandonar mi perra vida. Vete en paz, amiga, y límpiame el camino.

La mujer permaneció sentada y en silencio, sobando al animal a intervalos. El contacto amoroso la fue adormeciendo hasta rendirla. Durmió profundamente; despertó cuando ya el sol estaba en el cenit, se restregó los párpados, miró al suelo, encontró que la perra yacía a sus pies, rígida de muerte. Con una pala rodó el cuerpo de la muerta hasta la pequeña fosa que tenía dispuesta; la cubrió de tierra, hizo un montículo de piedras, encima de él colocó una cruz de madera. Descansa en paz- dijo, y fue a lavarse las manos.

METAMORFOSEANDO I

Un día cualquiera fui gusano verde sobre una hoja acorazonada; en esa plataforma me sentía muy bien, pero era un lugar para dormir y yo estaba despierto. Restregué mis ojos con el fin de aclarar la visibilidad, entonces vi un sembrado con hermosas hojas verdes y flores como campánulas moradas. Repté hacia aquel lugar, observe a los agricultores que cuidaban con esmero aquellas plantas; se paraban al lado de ellas y tocaban a cada una de las hojas. Algo les quitaban con mucho cuidado, -tal vez alguna plaga- me dije.. Busqué un punto lejos de los hombres.



Escogí una planta y traté de subirla para curiosear sus

flores. Sentí las hojas cerosas lo cual me impedía escalar con facilidad, además había un olor que me era desconocido y desagradable.

En el ascenso hacia las flores, comenzó a invadirme una sensación de vértigo, mi estómago se estremecía como un temblor de tierra. Hasta mis oídos llegaba el eco lejano de las voces de los cultivadores de tabaco. Perdí el conocimiento y caí. No sé cuantas horas permanecí en ese estado. Al cabo de algún tiempo sentí que era agujoneado en todo mi cuerpo. La molestia de los pinchazos me volvió a la realidad. Me toqué. Gran cantidad de hormigas me arrastraban hacia un agujero próximo. Ante el peligro inminente de ser comido vivo me sacudí con fuerza. Mis agresoras cayeron por todos lados dejándome herido y en libertad. Frote mi cuerpo contra la tierra para aliviar los dolores, cuando me hube recuperado emprendí la marcha de regreso hasta mi cómoda hoja acorazonada. No sin antes explorar y tocar cuanta flor se moviera en mi camino.

Otro día desperté siendo hormiga. Mi primer acto fue salir a caminar en busca de acción. Vi una flor balanceándose en su frágil tallo; subí hasta ella, anduve sobre sus pétalos con una sensación extraña; era como si en cualquier momento me fuese a hundir para siempre. Me puse tenso por la emoción de lo desconocido. La flor no cesaba en su balanceo. En mi vacilante andar caí en un pozo muy dulce colocado en el centro de ella. -Este es el final- me dije. El líquido era suave y pude salir de él; su sabor me agradó tanto que decidí buscar su origen, supuse que estaba en lo profundo; bajaría a nado por el conducto central que servía de cauce, según mis cálculos de hormiga recién nacida.

Para no impregnarme de ese líquido dulce y pegajoso, di un rodeo al pozo; llegué a la unión del tallo con la flor, pero cuando pensé en zambullirme no encontré canal alguno, sino dureza. En vez de regresar por donde había venido, comencé a retirar obstáculos, diciendo para mis adentros: -si no existe esa vía para llegar a la fuente-miel, yo la abriré.

Así diciendo, emprendí la penetración; retiré del camino porciones de corteza; llegué al corazón del tallo el cual resultó ser un duro cilindro y no un túnel por donde fluía el agradable líquido. Yo me había propuesto llegar al manantial y estaba decidido a conseguirlo. Con gran esfuerzo atravesé, largo

alargo, el duro corazón del tallo; llegué al final. No estaba la fuente de miel, sino la tierra fresca del jardín.

Frustrada continué taladrando hasta la superficie; vi la luz del sol brillando en lo alto. Volví hacia la flor, remonté por el exterior del tallo que la sostenía. Arribé a la unión de tallo y flor; traté de nuevo ver en su interior y probar, como antes, del pocito de miel. No fue posible, pues la flor había cerrado sus pétalos, se había doblado desmayada, o tal vez se había quedado dormida. Recordé que yo había acarreado los obstáculos al pie de la planta. Al centro de ellos estaba el camino entre el cielo y la tierra, donde me propongo vivir mi existencia de hormiga.

SUEÑO DE UN ARTESANO

Empeñado como estaba en una búsqueda que parecía un imposible, se sentía cada vez más agotado y con la esperanza al borde del abismo. Había hecho tantas imágenes de reyes como la existencia le había permitido.

En su galería estaban los monarcas venidos de la fantasía, despejando el camino a su verdad perseguida: "Un rey cuyo rostro reflejara el amor, la bondad, la capacidad de hacer a sus súbditos útiles y dichosos. Un rey que pudiera transformar los males de este mundo tan sólo con la fuerza del amor." Si eso ocurriera me retiraría a descansar tranquilo, pues él sólo bastaría para colmar este espacio que abandonaré, cuando el cansancio o la felicidad me lo pidan.

El hombre ponía toda su energía en el trabajo de darle vida a su sueño. En su taller estaban todos los reyes que habían gobernado y los que habrían de gobernar en el mundo; también estaban la Reina de Corazones, la Reina del Ajedrez los reyes de la baraja española y los tres Reyes Magos, que no podían faltar.

El había pasado mucho tiempo en esa tarea de hacer figuras de reyes, por eso se le conocía como El Hacedor de Reyes.



Un día nuestro "Hacedor de Reyes" se levantó muy cansado, después de pasar toda la noche soñando despierto. Con la energía inagotable de quien pretende realizar sus sueños contra viento y marea, estiró sus músculos, abrió la ventana, contempló la hermosa mañana y puso manos a la obra. Preparó un molde de yeso y mientras éste fraguaba, la cera se derretía en una gran olla colocada sobre el fuego.

Cuando todo estuvo a punto, echó la cera líquida en el molde y esperó.... Horas después tenía frente a él un simple muñeco de cera blanca, del tamaño de un hombre de mediana estatura, pasó sus manos laboriosas amorosamente por ese cuerpo, oró en silencio, y comenzó a buscar, con sus pinceles, la expresión de la vida.

A las pinturas que había usado siempre, su pensamiento le agregó la sonrisa del niño, que de vez en cuando aparecía por el taller, y le hacía preguntas como qué cosas le agradaban y por qué le agradaban; le hacía hablar de sus recuerdos más gratos, y todas esas cosas interesantes que los niños desean saber.

Entonces hizo como que agregaba la bendición y el beso de una madre, la transparencia del vuelo del tucusito, la paz del cielo detrás del arco iris, el perfume de los lirios sabaneros, toda la generosidad del árbol, del agua y del aire. Fue pensando, pensando cosas bellas, buenas y dulces. Entonces a él lo invadió una extraña sensación de serenidad. Continuó trabajando sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo a su favor. Buscaba tonos, sombras y matices sobre el rostro y las manos de su obra; luchaba por encontrar la mirada fresca y profunda de la sabiduría y del amor.

Trabajó todo el día, sin descanso. Cuando la sombra de la tarde empezaba a caer, la obra estaba terminada. El rey estaba de pie. El artesano se detuvo frente a él para escudriñarlo minuciosamente, en busca de algún detalle que necesitara ser corregido. Le pareció que estaba bien. Extrañamente, esta vez se sintió satisfecho y una gran alegría invadió su corazón.

De pronto, una música suave venida de no se sabe dónde, se escuchaba en el ambiente. El artesano la recibió sin preocuparse por la procedencia; tomó las manos de la estatua, mirándola a los ojos y dio un paso hacia atrás; el rey dio un paso hacia adelante. Así dieron uno y otro y otro y muchos pasos más; dieron vueltas y vueltas al compás de la música que cada vez sonaba con mayor intensidad. Esa música que no se sabe de dónde venía.

En ese transporte de alegría tropezaron con el molde de yeso y se hizo pedazos. El ruido los despertó, los sacó del trance en que estaban; especialmente el artesano, quien al volver a la realidad casi no podía creer lo que estaba pasando. Entonces sorprendido y asustado, miró a los ojos de su rey y le preguntó -¿Eres tú el rey bueno que tanto he soñado?

-Sí, lo soy- afirmó el rey.

-¿Qué haremos ahora? Indagó indefenso el artesano.

-No lo sé. Recuerda que soy tu propio sueño, y un sueño se tiene para algo que deseamos lograr ardientemente.

-Estoy aturdido, voy a dormir, descubre conmigo la bondad que busco para darle vida a una triste ciudad que está agonizando sin remedio, se llama Sitaki, tal vez ya la conoces. Yo solamente soy un soñador con deseos de cambiar el mundo con la fuerza del amor. Tengo pinceles y colores, creo en ellos con todas mis fuerzas, como creo en lo que va desde mi corazón hasta mis manos; hoy más que nunca debo creer en todo cuanto he creído. ¡Vamos a dormir, soñemos, amigo, soñemos!

El artesano pensó intensamente en aquella pobre ciudad que poco a poco iba perdiendo la vida; aquel palacio

abandonado por el último heredero; esa fuente en el centro del patio y la soledad gravitando en toda la extensión. El artesano se recreó pensando lo hermosa que se vería cuando su rey la resucitara.

II

De verdad el rey encontró la ciudad tal como el artesano pensaba. Cuando el rey llegó, un aire de casas muertas la envolvía, la gente casi toda había huído en defensa de la vida. Una epidemia de angustia hacía crisis en unos, mientras otros las provocaban con sus acciones. Recorrió las calles. A medida que transitaba, el trote de los caballos soltaba en el aire notas de la canción de la vida.

Sí había un palacio abandonado y sí tenía la fuente en el patio. El rey había llegado a Sitaki.

Un niño sacó su mirada a través de la ventana y observó algo extraño. Una carroza real se desplazaba lentamente por el centro de la calle; el pequeño salió de su casa sigilosamente y tocó la puerta de su vecino, otro niño abrió y los dos vieron la carroza, juntos se fueron de puerta en puerta dando la buena nueva: - "hay una linda carroza paseando por la calle"- decían a todo el que abría su puerta. Al poco tiempo el vehículo real estaba rodeado de adultos y de niños llenos de curiosidad.

Un rey de dulce sonrisa y mirada fraterna se puso de pie y habló a un grupo de personas que parecía estar esperándolo: -"Todos ustedes conocen el palacio abandonado, o por lo menos saben dónde se encuentra, entren allí, en el centro del patio está una fuente prodigiosa, llena de agua, esa agua es

ELIXIR DE AMOR y posee propiedades milagrosas. Báñense en ella, y llévenla a sus casas porque nuestra casa, la casa donde vivimos, hay que llenarla de amor. Luego irán a ese palacio todos los días, allí estaré esperándolos".

Todos, sin hacer preguntas, aceptaron las recomendaciones del recién llegado y se pusieron de acuerdo entre ellos para comenzar a cumplir las recomendaciones.-Tal vez el agua milagrosa hiciera cambiar un poco la mala situación. Ahora, por lo menos, alguien se había acordado de ellos comentaban.

III

Se convirtió en maestro; daba gusto verlo entre los adolescentes enseñándoles a trabajar e interesándose por sus vidas. Así lo hacía con todos. Se conversaba mucho acerca de las viejas costumbres, de las ocupaciones y las destrezas de cada uno. Todos sabían hacer cosas; rescataron las fábricas abandonadas, limpiaron la ciudad, volvieron a cantar juntos y ya no se temían. Fue como si un motor muy potente hubiese puesto en marcha toda la ciudad. Los campos florecieron y dieron frutos en abundancia. Todo brillaba con una nueva luz, la luz de la paz.

No todo estaba perfecto en Sitaky. Un grupo de hombres entró al palacio una mañana, querían manifestarle al rey su descontento.

-Buenos días Majestad- dijeron tres guardias panzudos

-Buenas días- respondió el rey con una gran sonrisa.
¿Qué les trae por aquí tan temprano?

-Queremos dejar nuestro trabajo, porque se ha puesto muy fastidioso.

-Me asombra lo que acaban de decir y me gustaría conocer la razón.

-Bien, se la daremos: -Ahora los pillos se han enamorado del trabajo. Se acuestan al anochecer y muy temprano están de pie, contemplando los colores del amanecer y el canto de los pájaros.

-Mirar como se abren las flores les causa una gran emoción,- expresó otro.

-Después de asistir al parto de la mañana labran la tierra con entusiasmo febril. Cuando llega la noche caen rendidos. Nosotros, mientras tanto, debemos continuar en nuestros lugares asignados, cuidando la ciudad de unos delincuentes que ya no existen- expresó con vehemencia un tercero.

El rey había escuchado lo suficiente como para tener una opinión.

-Gracias por estas informaciones que me han hecho muy feliz. Ahora sé que esta ciudad, es decir sus habitantes, pueden gobernarse, porque cada uno ha aprendido a gobernarse a sí mismo. Les pido que permanezcan en sus puestos como símbolo de autoridad. Pero tomen una parte de su tiempo para enseñar a los niños a elevar papagayos, hacer bailar un trompo, hablen de cosas graciosas cuando accionen esos títeres que hace mucho tiempo esperan ponerse en acción.

Los guardias obedecieron, pero muy dentro de ellos sus almas de niños flotaban de alegría. Después de la visita de los guardias el rey anunció su partida. - Me voy pero vuelvo justo el

día del Banquete del Amor.

Nadie hizo preguntas, la vida continuó vibrando. Un año después de la marcha del Rey Bueno y de los cambios profundos en Sitaky, tales como la recuperación de la amistad y la armonía perdidas. A un año del encuentro con la gracia de sus amigos, ellos pensaron que tenían mucho para celebrar. Acordaron el día y la hora cuando aquel hermoso y misterioso rey había aparecido en el centro de la calle convocándolos al trabajo y a la convivencia; aventurándose él mismo a vivir en aquella jungla. Se avergonzaban de haber sido como fueron y se regocijaron por su nueva vida.

Ese día las mesas, en sus cuatro patas, se plantaron en la plaza, los manteles volaron a cubrirlas, las tortas salieron de los hornos y se posaron en sus lugares, las frutas llegaron en sus cestas y los pollos asados saludaban desde las bandejas. Los papagayos adornaban el cielo y los niños, los hombres, las mujeres, la juventud entera, todos se sentían dueños de aquella gran alegría. Se pusieron a recordar, a contar sus testimonios:

-Recuerdo cuando me dijo que jugara con los niños- dijo, sonriente el jefe de la guardia.

- Y yo, que hacia siglos, no había hecho un trompo, me vi buscando pedazos de madera seguido por una multitud de chicos, que nunca habían tenido un guardia como compañero de juegos- expresó otro.

-Para él (nuestro rey) todo era tan fácil, tan natural, tan suave que provocaba ser obediente, provocaba conservar la sensación de paz y seguridad que emanaba de sus ojos- expresó uno, que había sido maleante.

-Lo mejor que nos ocurrió fue la reconquista de nuestra ciudad llena de nosotros mismos.

De todas las casa salía la gente y se congregaba en la plaza a comer y a bailar; a comer y a recordar.

De pronto, una música salida de no se sabe dónde, inundó el ambiente. Una constelación de luces mezclándose entre globos y papagayos avanzaba por el espacio llenando de asombro a los espectadores. Las luces comenzaron a tomar forma de carruaje luminoso, y entonces...la potente y dulce voz diciendo:- No nos veremos en mucho tiempo, pero mi amor siempre estará con ustedes .Creo que puedo retirarme, necesito dormir. Adiós...adiós...

Cientos de manos se alzaron respondiendo al saludo de despedida. Una voz, fuerte como un rugido. Salió de todas las bocas para decir: ¡TE AMAMOS Y NUNCA TE OLVIDAREMOS! ¡HASTA LUEGO! ¡BENDITO SEAS!

TÍO RELÁMPAGO Y LA OSCURIDAD.

Tío Relámpago no sabía que él estaba hecho de fuerza y de luz, porque en la galaxia donde nació reinaba el caos. La luz y la fuerza estaban en su interior pero él no las veía. Eran su sangre. Sumergido en la tiniebla, vivía. Desde adentro, como un manantial que se abre paso, luchaba la luz buscando salida. Tío relámpago, en la oscuridad, no era visto por nadie; no existía. Era el mundo de las tinieblas donde se sumergen los caminos.

Oía voces, aprendía un lenguaje; no siempre le gustaba lo que oía, pero el silencio acompañaba su propia oscuridad. La fuerza iba en aumento removiéndolo incesantemente, robusteciendo la curiosidad de la luz.

Un día, a tientas y a ciegas, se plantó en medio del desierto. Dio tres brincos; un grito fuerte, de trueno se escucho:

-¿Qué pasa en este lugar donde nací? ¿Por qué no huye la tiniebla y me permite ver a plenitud la vida? Porque yo no soy nadie hasta que alguien me vea. ¡Quiero ser visto y oído!

Tío relámpago se hizo una maza compacta; pegó tres brincos y luego echó a rodarse desde lo alto. A medida que rodaba chocaba con otros cuerpos duros a quienes sus gritos habían provocado movimiento. Fue un rodar de fuerzas y de luces encerradas que al tocarse soltaban estrellas. La ruta se iluminaba y empezaron a verse, sus cuerpos golpeados

liberaron la fuerza y fue un ruido ensordecedor. Todos los truenos juntos no lo igualaban, de allí entendieron algo de lo dicho por las voces: "**el todo es mayor que la suma de partes**". Siguieron rodando, tocándose, soltando estrellas hasta que, ¡De un solo golpe, Tío Relámpago se abrió de par en par! Un enorme destello, borró las tinieblas en un instante. Los pequeños y grandes cuerpos duros del oscuro mundo desértico donde Tío Relámpago pegó tres brincos y se echó a rodar, apareció nítido ante los ojos de las constelaciones.

Desde lo alto decían las estrellas: ¿Qué será eso brillante y nuevo que se ve allá?

-Fue que tío Relámpago se cansó de tanta oscuridad y se parió de luz, ahora se reparte hasta muy lejos.

-¿Y los oscuros, a donde irán- puesto que ellos no pueden ver la luz?

-Lucharán por recoger al tío Relámpago y meterlo en una caja junto con su fuerza.

-¿Y tú crees que podrán recogerlo?

-No. No podrán, porque luz que se va por los caminos, la recogen los caminantes.

Tío Relámpago, adquirió una fuerza nueva, que ya no era la de sólo empujar y derribar. Era una fuerza dulce y triste, alegre y juguetona, no sentía ganas de devolver los golpes, pero los habitantes de la oscuridad lo andaban persiguiendo para guardarlo en una caja chiquitica para que se muriera de calor y de tanto oscuro. Pero había un grave problema. Como Tío Relámpago se parió de luz, cuando ellos se plantaban delante de él, los oscuros desaparecían. Una ola de rabia los invadía, los poseía, los fortalecía.

Tío Relámpago sólo se dejaba ver en lo alto de la roca, en lo ancho del lago, a lo largo del río y en las arenas del desierto. La oscuridad enloqueció. Recordando sus propias voces dijo: **¡El todo es mayor que la suma de las partes!** Y toda la oscuridad rodeó a tío Relámpago, lo cubrió, lo envolvió, lo estrechó hasta hacerlo invisible.

En su caja de tinieblas tío relámpago lloraba.

Una piedra preciosa, que no podía brillar por falta de luz, tocó suavemente la estrecha caja donde oculto vivía tío Relámpago. Desde adentro un destello dijo:

-¿Quién es?

-Yo Tío Relámpago, el diamante apagado.

-¿Qué quieres de mí?

-Quiero saber si usted está muerto o si se escondió.

-No. ¡Yo no me muero ni muerto! exclamo Tío Relámpago.

-Entonces ¿Qué hace allí metido?

-Yo no me escondí. A mí me escondieron.

-Si es así, acuérdense de los tres brincos que lo pusieron a rodar.

-No puedo darlos, no puedo moverme.

-Gracias por decírmelo. Expresó el diamante.

Afuera se hizo un silencio más oscuro que la caja donde se estrujaba Tío Relámpago. Al poco tiempo, se escuchó un rumor como de río crecido arrastrando rocas. Eran todos los diamantes que rodaban hacia un mismo lugar; juntos chocaron la caja con todas sus fuerzas y ésta rodó hasta romperse. Tío Relámpago, que hace tiempo se había desecho de su cuerpo opaco, brilló con todo su esplendor. Los diamantes soltaron sus destellos y hasta las más humildes rocas, rodaban,

tocándose liberando sus cantos de amor, celebrando el retorno a la luz de tío Relámpago.

Cumaná, 2006

UNA FIESTA A LA PARaulata

Habíamos organizado una fiesta en honor a la Paraulata. Tal vez fuese una despedida, pensamos. Ella estaba enferma, muy enferma. Todos sabíamos que no se recuperaría, tal vez nuestra amiga también lo supiera.

La homenajeadada llegó a la fiesta con un vestido azul, que le sentaba maravillosamente al color moreno de su piel; su espeso cabello negro recogido en un moño sobre la nuca su figura esbelta se conservaba íntegra.

El conjunto de cuerdas, al cual pertenecía la Paraulata, interpretaba esa noche las melodías que la hicieron famosa. Los mesoneros iban y venían afanosos con sus bandejas, metidos en sus elegantes trajes negro y blanco. La vieja casona estaba iluminada, y en el comedor un viejo tinajero cantaba en la monotonía de sus gotas la suave canción de la frescura y la añoranza.

La Paraulata descansaba, con las piernas recogidas, sobre un sofá en actitud contemplativa y friolenta; sus ojos negrísimos y brillantes, otrora, ya no reflejaban la vitalidad que los había caracterizado. Estaban turbios como los del pescado y se notaban ausentes. Yo estaba sentada al lado de la Paraulata y trataba de entretenerla.

-¿Te acuerdas cómo lucía el auditorio la noche que estrenaste aquella fulia?-Le pregunté.

-Sí me acuerdo, estaba lleno y la gente se puso de pie

para aplaudirme.

-Estuviste maravillosa le dije, entonces ella sonrió

-Paraulata, cántanos algo, le pedí

-No puedo, ya no doy más. Ayúdame a llegar hasta el baño. Como pude, la llevé a donde me pedía, allí la arreglé y la puse otro vestido de color verde que ella extrajo de su bolso, la conduje de nuevo al sofá y la acosté. Necesitaba descansar.

El grupo musical continuaba amenizando la fiesta, mientras yo cuidaba de la Paraulata. De vez en cuando alguien se nos acercaba para conversar un poco, así pasó el tiempo. A la hora del conticinio la casona fue quedando sola, se fue vaciando poco a poco. Me quedé en el saloncito con la amiga, esperábamos a su hermano que vendría por ella.

La dejé acostada en el sofá y fui hasta la puerta para cerciorarme si ya venía el hombre a quien esperábamos. A poca distancia, entre la suave luz del alumbrado de la calle, le vi venir. Esperé tranquila en la puerta, cuando el hombre llegó le dije, está muy mal, pasa y siéntate. Me fui al saloncito donde había dejado a la Paraulata. Allí algo había cambiado; solamente encontré un lindo canario que trataba de salir de dentro del vestido verde que yacía vacío sobre el sofá.

Tomé al manso animal, lo llevé a la sala y lo puse en las manos del hombre que estaba a su lado, el hermano tomó con ternura al animal, besó sus plumas y con ellas se enjugó las lágrimas. El hombre y el pájaro se miraron, entonces el pájaro dijo: _"Yo no soy sólo un cuerpo, yo soy un canto eterno".

UNA TRAVESURA

La noche cubría la aldea con su estrellado manto. Las colinas, poetas de la tierra, se levantan oscuras y silenciosas. Por la ventana de la habitación un par de ojos contemplaban la maravilla. En la cama alguien se disponía a dormir, ese era Juan José.

-Mamá, quiero hacerte una pregunta dijo la pequeña voz desde lo tibio de las sábanas.

Rosa volvió la atención hacia su hijo. ¿De qué se trata? Pregunta lo que quieras.

-Dime, mamá ¿Jesús nunca hizo travesuras, algo que molestara a sus padres? Rosa rió por la sorpresa. En verdad, no esperaba esto.

-Bueno, más de una, pero te voy a contar la que me contaron a mí. Escucha.

"Sucedió en la Fiesta de Pascua. José y María fueron a Jerusalén a celebrarla allí; por supuesto se llevaron a Jesús que ya contaba con doce años de edad, era un muchacho bastante sensato y se sabía cuidar.

Al finalizar la pascua, se organizaron las caravanas de retorno. María y José no vieron a Jesús con ellos, pero creyeron que estaba entre la multitud con los familiares. Cuando habían andado una jornada, se inquietaron pues querían tenerlo junto a ellos. Empezaron a buscarlo entre los parientes, y por todo el gentío. Nada encontraban. En vista de

la ausencia, se devolvieron a Jerusalén. Tres días estuvieron buscando. Angustiados preguntaban a los transeúntes: -¿Ha visto Ud. un muchacho nazareno como de doce años?>-¿De doce años? -Ese estará por ahí volando papagayos, le respondió un interrogado. -¡Vaya padres! Ese estará pescando en algún lugar, expresó el hombre.

José y María seguían buscando en los lugares que les señalaran, mientras la angustia crecía y crecía. Al tercer día, María ya estaba sumamente cansada. Se dirigió a José diciendo algo así: -José, Dios siempre ha protegido a este niño. Tampoco ahora lo abandonará. Vamos al templo y oremos para que nos lo devuelva.-Esta bien, vamos dijo José

La pareja entró a la iglesia y allí, "charlando con los sacerdotes, como si fuera uno de ellos estaba el niño, oyéndoles, preguntándoles"

Cuando sus padres lo vieron quedaron sorprendidos. Su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? José y yo hemos buscado con angustia. Entonces les dijo: -¿Por qué me buscaban? ¿No saben que es necesario para mí estar en los negocios de mi Padre? -Está bien dijo José, pero no olvides cuánto te amamos nosotros.

El niño les echó al hombro sus brazos. Así fundidos en silencio los tres lloraban.

El "arenero del Sueño" pasaba por la habitación, y con sus dedos de hada colocaba granitos en los ojos de Juan José, impidiéndole mantenerlos abiertos.

Rosa volvió a mirar por la ventana, desde el cielo una estrella le hizo un guiño. La mujer sonrió y se fue a la cama. La estrella me manda a dormir y yo le obedezco, dijo.

DESPUES DE AMANDA

Antes de Amanda, el mundo de los cuentos era sólo eso, el mundo de los cuentos. Allí estaban La Bella Durmiente, Blanca Nieves, Alicia y su país de las maravillas y la siempre amada, Caperucita Roja.

Después de Amanda, ese mundo mágico irrumpió en la realidad cotidiana: todo comenzó a ser distinto. A medida que esos dos mundos se entrelazaban iban creando una tercera sociedad familiar.



Un día la abuela y Amanda estaban con Caperucita, la del cuento, muy entretenidas, al finalizar la lectura Amanda dijo: Abuelita, dile al Príncipe Felipe, que es mi papá, que la princesa Amanda quiere un disfraz de Caperucita.

-Está bien, se lo diré, - expresó la abuela.

-Abuelita, si tú haces el disfraz de Caperucita, yo me lo pongo y soy la Caperucita Amanda; mi mamá me prepara una cesta con galletas, caramelos y jugo y yo te los llevo, porque tú eres la abuela de la Caperucita Amanda

La abuela se quedó pensativa, reflexionando cómo había cambiado la vida de Caperucita. Ya no pertenecía a las páginas de un libro, sino que saltaba a la vida misma en carne y hueso, con un padre, que era un príncipe y una madre que era una reina.

Como la abuela se había quedado en silencio, Amanda la sacó de sus reflexiones:- Abuelita, yo te quiero mucho, cuando tenga mi vestido de Caperucita te voy a visitar en la casa de la playa. La abuela se sintió feliz de estar con su nieta y comenzó a pensar en cómo hacer el traje de Caperucita. Sentía gran alegría de sacar a la Caperucita del encierro de las páginas. Será muy grato verla saltar y cantar- pensó la abuela.- ¡ Claro que haré ese traje, seguro que lo haré!

Cuando las fiestas carnestolendas se aproximaban el traje estaba terminado, allá en la casa de la playa, donde habitan la abuela, el abuelo, los perros y los gatos.

-¡Amanda, llegó un paquete para ti! -dijo la mamá, con voz alegre. La niña abrió el paquete y se encontró con el traje, alma y vida de Caperucita. La alegría era indescriptible; quiso probárselo. Su madre le permitió hacerlo.

Se lo dejó puesto hasta la hora de dormir. Cuando llegó el esperado día, Amanda estrenó, formalmente, el traje de Caperucita, tomó su cesta y al mirarse en el espejo estaba convencida de ser quien creía ser.

Durante toda la semana quiso llevar ese traje cada vez que salía con sus padres. Estaba tan feliz que daba gusto verla entre sus compañeros de la escuela, que también estaban convencidos de que Amanda era la Caperucita Roja. La abuela, sólo esperaba el Día de Cenizas para colocar a Caperucita en las páginas del libro, hasta el próximo año.

FÁBULA DEL CREYÓN ROJO

Para Amanda Sofía Vitoria.

Una fresca mañana de mayo, el creyón rojo despertó dentro de la caja de descanso; para su sorpresa se encontró completamente solo. Rodó su cuerpo hacia la derecha y no encontró nada que lo detuviera; rodó su cuerpo hacia la izquierda y tampoco chocó con nada. Entonces empezó a gritar, con su voz de creyón, que sólo escucharían los otros creyones si estuviesen cerca: -¡ Colores primarioooooos! ¡Colores secundarios! ¿Dónde están todos? Hizo silencio y esperó respuesta. Era una realidad, estaba completamente solo.

El creyón rojo se preguntaba, ¿qué pasó?-Todos se fueron y solamente quedo yo aquí metido en esta caja- se respondió. -, ¡Deseo que alguien venga a buscarme!, imploró con todas sus fuerzas. Encerrado y solo se encontraba el creyón rojo, cuando sintió unos pasos apresurados, luego unas manos levantaron la tapa de la caja, su corazón de creyón palpitó aceleradamente cuando su dueño lo tocó diciendo: -te quedaste escondido pero ya te encontré. Vente conmigo, ahora es cuando empieza nuestro trabajo. El niño corrió por el pasillo de la escuela, llegó al sitio donde se pintaban los murales en homenaje a la madre Naturaleza, se estaba celebrando la Fiesta del Árbol.

El creyón rojo contempló los árboles pintados con su follaje verde, sus flores amarillas y violeta; otros tenían los

espacios para las flores todavía sin colorear, el arco iris no había podido salir por falta del color rojo: más allá un atardecer se mostraba pálido y triste sin el rubor que le traía el toque suave del creyón rojo.



El niño aplicaba los colores con mucho entusiasmo y su amigo, el creyón rojo, se movía muy contento. Cuando todo estuvo terminado, los creyones fueron colocados en la caja de descanso. Allí se juntaron sus cuerpos y con su voz de creyón, que sólo escuchan lo creyones entonaron su canción de amor a la vida, para que los ojos de los niños y los mayores las escucharan con sus ojos. El rojo dijo a sus amigos: -¡De lo que me hubiera perdido hoy si no vienen a buscarme!

--¡ Tú te quedaste dormido!

-¡No, señor, ustedes me dejaron!

-¡Terminen esa discusión ya! dijo el saca puntas, haciendo relucir su filo.

Todos hicieron silencio, aunque no había peligro dentro de la caja. Esa noche el creyón rojo se sentía como el más feliz de todos los creyones.

ISBN: 978-980-234-206-8

